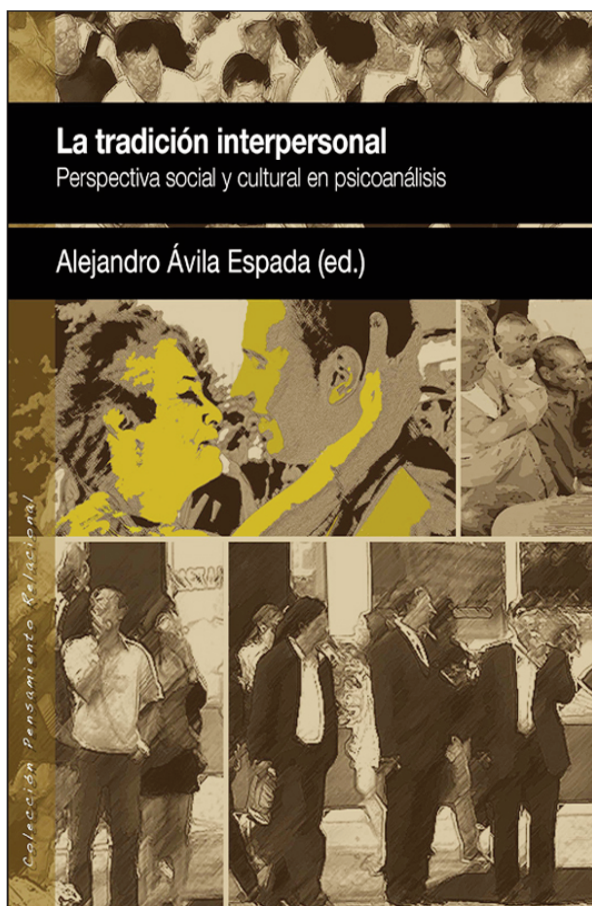


La Tradición Interpersonal. Perspectiva Social y Cultural en Psicoanálisis (2013), de Alejandro Ávila Espada (Editor). Editorial Ágora Relacional (Colección Pensamiento Relacional nº 8)

Celia Arroyo López
Ámbito Privado, España



Estamos ante el último libro de Alejandro Ávila Espada, del cual es poco lo que se pueda decir que no sea ya ampliamente conocido: además de su larga trayectoria académica en la Universidad Complutense y la de Salamanca, es psicoterapeuta psicoanalítico (individual y de grupo), fundador y Presidente de IARPP España (Sección Española de la Asociación Internacional para la Psicoterapia y el Psicoanálisis Relacional) y miembro del Board of Directors de la International Association of Relational Psychoanalysis and Psychotherapy (IARPP), así como fundador y Presidente de Honor del Instituto de Psicoterapia Relacional (IPR, Madrid), entre otros muchos aspectos destacados relativos a la formación continua en salud mental.

“La tradición interpersonal. Perspectiva social y cultural en psicoanálisis” es un libro y muchos libros simultáneamente. Su director, Ávila Espada, quiere mostrarnos la génesis y desarrollo de una corriente heterogénea y abierta del psicoanálisis en los últimos cien años, que converge –junto con otras teorías provenientes de otros campos– en lo que dio en denominarse psicoanálisis relacional, y que es ahora una fructífera forma de ver el hecho humano y su enfermar (“las dificultades en el vivir”, según Sullivan). El origen no es otro que el psicoanálisis freudiano, con su cambio de paradigma al descubrir el incons-

ciente y hacer salir al hombre de su ilusión racional. De este origen se reconocen deudores todos los autores reseñados, si bien lo común de todos ellos y lo que marca la divergencia con respecto a la posición ortodoxa es, esquemáticamente, el abandono más o menos explícito y más o menos intenso de la explicación de la constitución de la vida psíquica a partir de la teoría pulsional (el conflicto pulsión-defensas). La tradición interpersonal –con todos sus matices importantes– se aleja de posiciones intrapsíquicas, al observar que la vida psíquica se constituye siempre en relación con los otros, que los conflictos tienen origen social, al internalizar las experiencias tempranas que de una manera o de otra nos devuelven quiénes somos, bien modelando aquellos rasgos (y desatendiendo selectivamente aquellos otros) que nos permiten mantenernos en contacto con las figu-

ras parentales, bien acomodándonos a los modos de estar en el mundo de dichas figuras para preservar los vínculos de supervivencia, bien privilegiando configuraciones relacionales concretas que perdurarán en el tiempo como núcleos estables de relacionarse con los otros. En este contexto, Ávila advierte de que importa sobre todo la vertiente causal-transformadora de la relación interpersonal, no solo su aspecto fenoménico-descriptivo (p. 30).

Los otros, las relaciones interpersonales, constituyen también en este enfoque la génesis de la psicopatología, al marcar con límites más o menos rígidos la capacidad de abrirse a nuevas experiencias que amplíen el repertorio de modos de relación sin que supongan una amenaza a la identidad y a la invasión de la angustia y sus manifestaciones y defensas. La recuperación del trauma temprano como origen de las formas patológicas de estar en el mundo es otra de las señas de esta tradición, siendo el trauma un concepto diverso que engloba tanto al trauma evolutivo (inevitable al tener el niño que adaptarse a figuras parentales necesariamente “imperfectas” y no permanentemente accesibles) como a sucesos traumáticos de diferente intensidad pero de naturaleza relacional, pasando por configuraciones relacionales en conflicto de lealtades.

Desde luego, si la vida psíquica y la identidad se reconceptualizan como producto de la intersubjetividad esencial del ser humano, de su naturaleza social, y las diversas formas de sufrimiento psíquico tienen su origen en las experiencias relacionales más o menos tempranas, entonces el escenario terapéutico, la concepción de la salud mental y el cambio terapéutico y el papel del terapeuta/analista son también de naturaleza relacional. Los diferentes autores que alimentan la tradición interpersonal ponen el foco de atención –con muchas diferencias de énfasis y de concepto– en la relación analista-paciente, señalando la figura de observador-participante o de participante-observador del analista, desmontando el “mito de la neutralidad” prescrita en el psicoanálisis ortodoxo, y con importantes consecuencias técnicas en el abordaje de los tratamientos.

El libro aborda, por tanto, la contribución de una selección relevante de autores al desarrollo de estos conceptos (comprensión del hecho humano, constitución de la vida psíquica, génesis de la psicopatología, concepción del cambio en salud mental, relación terapéutica, papel del analista...), de una forma secuencial y enciclopédica: Freud y sus discípulos más o menos “díscolos” (Adler, Jung, y sobre todo Sándor Ferenczi); la primera generación interpersonal de los años 40 (Clara Thompson, Harry S. Sullivan –padre fundador de la psicología interpersonal–, Erich Fromm, Frieda Fromm-Reichmann, Karen Horney, Harold Searles...); la segunda generación interpersonal en las décadas 50 y 60 (con Levenson a la cabeza); la tercera generación en los años 70, con autores singulares como Philip Bromberg, Stephen Mitchell, Emmanuel Ghent, Donnel B. Stern, Darlene Ehrenberg...; y la cuarta generación, en los 80 y 90 del pasado siglo, con Sandra Buechler como representante, entre otros. Muchos de estos autores, aun habiendo nacido en Europa, emigraron a Estados Unidos ante la presión de los nazis, y produjeron gran parte de su obra allí, siendo el William Alanson White Institute¹ (fundado en 1943) un epicentro fundamental en el desarrollo intelectual y clínico de esta tradición. Además, se refleja la aportación creativa de autores latinoamericanos (algunos también emigrantes centroeuropeos) como Enrique Pichon Rivière, Racker y los Baranger. Para una revisión sistemática del contenido de estas aportaciones, remitimos al lector a la reseña de Luis Raimundo Guerra Cid sobre este mismo libro publicada recientemente en la revista *Clínica e Investigación Relacional* (CEIR)².

“La tradición interpersonal...” es, con perdón del juego de palabras, un libro muy personal por un lado, y tremendamente coral por otro. Personal porque refleja la clara intención de A. Ávila, editor, compilador y autor de varios capítulos: la obra es un resultado de su proyecto personal/profesional y expresión de su deseo, su biografía y su devenir como teórico, como terapeuta y como formador de terapeutas; coral, porque solo a través de su trama vincular puede manifestarse la expresión personal de aquél, haciendo tangible en el resultado los propios conceptos interpersonales a modo de estructura fractal, “asumiendo la proposición radical de que no hay subjetividad sin origen social ni sin contexto social en el que puede desplegarse y manifestarse [...]” (p. 37).

¹ <http://www.wawwhite.org/>

² Guerra Cid, L.R. (2014). Reseña de la obra de A. Ávila Espada “La tradición interpersonal”. *Clínica e Investigación Relacional*, 8(1), 278-285. Recuperado de www.ceir.org.es

Aunque cada capítulo puede leerse por separado y tiene entidad propia, con la marca propia del autor que lo escribe (todos ellos de la “trama vincular” cercana o lejana de Ávila), la totalidad refleja la impronta del director de la obra (“como una extensión de su carácter”, parafraseando a Levenson): “Esta obra es un acto de reconocimiento a los orígenes y claves de un pensamiento teórico y clínico del que nos asumimos partícipes”, siendo el total más que la suma de las partes

Dichos autores son, además de Ávila (autor por su parte de cinco capítulos: 1 “*Introducción*”, 2 “*Los orígenes de la perspectiva interpersonal y socio-cultural*”, 3 “*Harry S. Sullivan. La persona, la teoría, la clínica interpersonal*”, 6 “*Las aportaciones latinoamericanas: Enrique Pichon Rivière, Racker y los Baranger*” y el 13 junto con Sandra Buechler), Rosario Castaño (4 “*Erich Fromm. Psicoanálisis de la sociedad y la cultura*”, y 5 –junto con Ávila-, “*Desarrollos de la perspectiva cultural-interpersonal: Frieda Fromm-Reichmann, Karen Horney y Harold Searles*”), Ariel Liberman (7 “*Edgar Levenson, una voz de los márgenes*” y 9 “*Stephen A. Mitchell. Del psicoanálisis interpersonal al Psicoanálisis relacional: de idas y vueltas*”), Carlos Rodríguez Sutil (8 “*Philip M. Bromberg: Trauma y disociación*”), Donnel B. Stern (10 “*La experiencia no formulada, del caos conocido al desorden creativo*”), Darlene B. Ehrenberg (11 “*El borde de la intimidad en la relacionalidad terapéutica*”), Sandra Buechler (12 “*El psicoanálisis interpersonal, tal como yo lo veo*”, y 13 –junto con Ávila-, “*La formación y la supervisión desde la perspectiva interpersonal y sociocultural*”), y el colectivo GRITA (14 “*El psicoanálisis ante las culturas del siglo XXI. Afrontando la globalización*”). El libro está prologado por Margaret Crastnopol, miembro del cuerpo de profesores del William Alanson White Institute y del Instituto de Psicoterapia Relacional (Madrid).

No queremos dejar de llamar la atención sobre el capítulo 13, en el que A. Ávila y S. Buechler reflexionan conjuntamente sobre la formación y la supervisión desde la perspectiva interpersonal y sociocultural. En un ejercicio inusual por lo franco, Ávila detalla su propia trayectoria formativa, en la que destaca el valor fundamental de sus análisis personales, que no quiere denominar como didácticos, para la construcción de su identidad como terapeuta. Buechler, por su parte, señala los valores que deben guiar los programas formativos de candidatos y que deben nutrir el sentido de competencia profesional del futuro analista, evitar la vía de la competitividad que enfatiza la vergüenza, y fomentar la transmisión entre supervisores y candidatos de la experiencia humana transformadora que, finalmente, entiende que es la psicoterapia. En fin, ambos defienden un modelo que incluya formación rigurosa académica y específica, supervisión intensiva al comienzo y con pares de forma continuada, y psicoterapia personal a lo largo de toda la trayectoria.

El resultado final es, como decíamos al principio, un libro y muchos libros. Es, al mismo tiempo, un manual de consulta (exhaustivo, sistemático, con extensa bibliografía y notas) en el que ubicar a los diferentes autores e hilvanar sus influencias anteriores y sus legados posteriores, pero es también una historia de las ideas y conceptos del psicoanálisis interpersonal y relacional, así como una guía de viaje por el siglo XX, que nos ayuda ver con prismáticos los encuentros interpersonales, las disputas y las rencillas entre instituciones, las salidas y entradas de unos y otros en las redes de producción, los entretejidos con otras disciplinas (antropología cultural relativista, construccionismo, psicología social, etc.), las biografías determinantes de los analistas destacados, etc. Entre todos ellos, Ferenczi y Sullivan brillan con luz propia y reciben un homenaje extenso por parte del editor de la obra y de varios de los autores.